



presencia de Jaime Eyzaguirre

*¿Dónde está, nuestro, tu victoria?
I Cor. 15, 55.*

Fernando Silva Vargas

Al revisar la producción de Jaime Eyzaguirre, tan abundante, surgen algunas líneas gruesas que no han sido bien destacadas. Tal vez las han opacado sus condiciones de escritor brillante y prolífico y de profesor insigne. Pero no se entenderá jamás su vocación tan decidida si no se aislan las bases sobre las que apuntaló su acción. Y de entre ellas la principal fue su catolicismo militante, vivido dolorosamente y tonificado por la incompreensión, los desencantos y el silencio.

La generación a que perteneció —generación de entreguerras— conoció de cerca la ebullición religiosa, intelectual y política que vivió Europa. Recibió múltiples influencias, enriquecedoras a veces, y debió, a costa de muchas dificultades, pesadas, mediarlas y seleccionarlas. Maurras, Degrelle, Sloy, Berdiaeff, Maozta, Claudel, Maritain, Spengler, eran algunos de los nombres que sonaban entre los jóvenes de la década del 30. Se asistía a apasionantes experiencias políticas y sociales que pretendían romper con los esquemas tradicionales o llenar el vacío dejado al desplomarse viejas monarquías. La necesidad de hacer de guía en medio de tanta desorientación impulsó a Jaime Eyzaguirre a escoger el campo de la educación. Allí, en contacto directo con la juventud del colegio y de la universidad, supo de su inquietud, de sus anhelos y de su infinita capacidad para entusiasmarse por ideales. En ese medio comenzó Jaime Eyzaguirre a sembrar. Para él era muy clara la responsabilidad que le cabía como intelectual católico. Había recibido ciertos donos y estaba obligado a hacer de ellos el mejor uso posible. Y entonces Jaime Eyzaguirre emprendió la tarea de revalorar el patrimonio

cultural de los chilenos, que sólo puede entenderse como una proyección —con todas las modificaciones que se quiera— de la España cristiana. Esto significó un duro batallar por hacer inteligible el legado de la Madre Patria en América. Había que deshacer mitos y arremeter contra figuras ya inmortalizadas en el bronce. En la educación, concretamente en los programas de historia, había que contrarrestar la influencia de los maestros del siglo pasado, de amplísima audiencia entre el profesorado chileno. Sus tempranas campañas contra la visión histórica de Barros Arana no tendían a empequeñecer a tan destacado representante de la gran historiografía nacional. Al contrario, siempre le reconoció su increíble capacidad como investigador, su asombrosa erudición, su reconstitución minuciosa del pasado. Pero siempre atacó en él la pasión fría que le hacía deformar voluntariamente la visión para acomodarla al dogmatismo rígido del liberal a outrance que Barros Arana acostumbraba a manifestar. Para el escolar chileno de 1930 o 1940, España era la representación más convincente del obscurantismo, de la intolerancia y del abuso elevado a la categoría de sistema. Frente al conquistador, aventurero ladrón, vicioso y corrupto, se alzaba el araucano que, en trasposición muy roussauvriana, aparecía como dechado de todas las virtudes. ¿Era lícita esa forma tan sencilla de dar a conocer el pasado? ¿Habían sido la incultura, la pobreza intelectual, la injusticia, las constantes de los siglos coloniales? Bien percibía Jaime Eyzaguirre lo que en verdad se escondía bajo esa forma de presentar los hechos. Al mostrar una imagen disminuida de España y su legado americano, se mostraba también el fracaso de una experiencia basada en una concepción cristiana del mundo. Que un modelo cristiano de sociedad fracasara nada tiene en sí de extraño, pues es una de las posibilidades a que está sujeta toda obra humana. Lo inaceptable para Jaime Eyzaguirre era que el fracaso de un cierto modelo llevara consigo, per se, el fracaso de todos los modelos alternativos inspirados en una concepción cristiana.

De esta manera Jaime Eyzaguirre fue profundizando en nuestra herencia cultural. Sus lecturas de los clásicos españoles y sus incursiones en la historia del arte le permitieron forjarse una imagen rica de lo que había sido el pasado de España y de Chile. Así descubrió el gótico, al que le dedicó numerosos estudios y artículos. Después será el barroco, el alucinante "mundo de las formas que vuelan", que le cultivará de manera definitiva. En sus escritos y en sus clases —y encuadrado en los hallargos de Worringer y Wolfflin— siempre aflorará el mundo del arte. Igual sensibilidad tuvo para el arte americano. No es extraño que ya en 1929 participara activamente en

Portada N° 34. Septiembre 1972. 5/80

P. 7

Presencia de Jaime Eyzaguirre [artículo] Fernando Silva Vargas.

Libros y documentos

AUTORÍA

Silva Vargas, Fernando

FECHA DE PUBLICACIÓN

1972

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Presencia de Jaime Eyzaguirre [artículo] Fernando Silva Vargas.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile